

¿UN CAPITALISMO VERDOSO?

Jean-Paul Deléage¹

La tesis que desarrollaré es la siguiente: la crisis ecológica actual representa una novedad radical en la historia de la humanidad. *Así pues exige preguntas y respuestas también radicales*, al menos de parte de aquellos que rechazan la moda del fin de la historia, según la cual el capitalismo sería el estadio supremo del socialismo. Ahora bien, se debe reconocer que, hasta ahora, el movimiento histórico por el socialismo se ha mostrado incapaz de revolucionar las maneras de pensar y de ensanchar su base social necesaria para superar la crisis. En cuanto a los movimientos Verdes, su mérito es el de haber comprendido que la crisis ecológica amenaza el futuro mismo de nuestra especie. Son movimientos que están aún naciendo, aún no hacen más que iniciar el análisis de las raíces históricas de la inmensa crisis social y ecológica en la cual están las sociedades humanas. A falta de tal análisis, seguirían siendo el aguijón moral y el laboratorio de ideas del cual las burocracias multinacionales tienen necesidad para negociar la entrada del mismo capitalismo en la fase ambientalista.

LA CRISIS ECOLÓGICA:

Retomemos los términos esenciales. La ecología científica ha aportado las pruebas que actualmente son conocidas por todo el mundo: *los recursos del planeta no son ina-*

gotables. La Biosfera es un mundo finito, y la especie humana, especie imperial, le ha hecho unos daños irreparables. El proyecto de humanización de la naturaleza es simplemente reinar sobre ella. Cada año, los bosques devastados, las tierras cultivables erosionadas por el agua y los vientos, los ríos y los océanos contaminados, se cuentan en decenas de millones de hectáreas. Lo más grave es, sin duda, la manipulación de otras especies, *la especie humana ha acelerado tanto el proceso de evolución que sus efectos son literalmente inversos* (F. di Castri), es decir, en lugar de estimular la innovación evolutiva, se aceleran los procesos de extinción.

El conflicto entre el crecimiento material indefinido de las poblaciones humanas y la limitación de la biosfera, culmina en nuestros días en la modificación antropogénica de los climas terrestres, consecuencia del aumento del efecto invernadero a causa de ciertos componentes de la atmósfera. Desde 1957, Roger Revelle, enlazando con las intuiciones de dos de los grandes fundadores de la ecología, Vernadsky y Hutchinson, señaló la dimensión incalculable de tal acontecimiento: «los seres humanos actualmente están haciendo una experiencia de geofísica a gran escala... En unos pocos siglos, estamos devolviendo a la atmósfera y a los océanos el carbono orgánico concentrado durante centenares de millones de años en las rocas sedimentarias».

¹ Texto de una intervención en el coloquio «Actuel

Marx» en París en junio de 1991.

Nuevos significantes se han impuesto a nuestra cultura cotidiana: ozono, deforestación, marea negra, Bhopal, Chernobyl, el lago de Aral... Todos son símbolos de la cara oculta de las supuestas victorias en el dominio de la naturaleza. Engels ya tuvo la intuición de esta doble cara del progreso hace más de un siglo en el célebre texto de resonancias proféticas, publicado en *La Dialéctica de la Naturaleza*: «No obstante no nos felicitemos demasiado por nuestras victorias sobre la naturaleza. Ella se venga de nosotros por cada una de ellas. Cada victoria tiene en primer lugar las consecuencias que nosotros habíamos previsto, pero en segundo y tercer lugar, tiene efectos muy diferentes, imprevistos, que a menudo hacen desaparecer rápidamente las primeras consecuencias... Nosotros no reinamos sobre la naturaleza en absoluto, como un conquistador sobre un pueblo extranjero, nuestra dominación sobre ella reside en la ventaja que tenemos sobre las otras criaturas al conocer sus leyes y poder utilizarlas juiciosamente».

La consciencia de la fragilidad ecológica de nuestro medio no es reciente. Pero durante milenios, la especie humana no ha tenido más que unos pocos y precarios medios para defenderse de los rigores de la naturaleza. Con la revolución industrial, los términos de esta relación de dependencia han cambiado. Actualmente, tienden a invertirse. La novedad histórica reside en el carácter a la vez *global e irreversible* de las modificaciones causadas a la ecosfera. Vivimos un verdadero cambio de ritmo entre la historia social y la historia natural (Jean Chesneaux), a causa de los medios técnicos disponibles y de la mundialización del capitalismo: *el choque entre las actividades humanas y su medio natural, la biosfera, está cambiando a la vez de ritmo y de escala*. Las perturbaciones ecológicas de origen humano afectan a grandes grupos sociales. Más de cuatro millones de personas viven aún en las zonas que tendrían que haber sido evacuadas después del accidente de Chernobyl. Veinticinco millones de personas están permanentemente expuestas al smog de Ciudad de México. En la India y en Bangla Desh sesenta millones de personas viven bajo la amenaza de las inundacio-

nes que crecen cada año por la demencial deforestación de las cuencas del Himalaya. Más de doscientos millones de seres humanos verán sus condiciones de vida amenazadas debido a la previsible subida del agua de los océanos de aquí a mitad del siglo siguiente. En cuanto a la destrucción de la capa de ozono, nos concierne a todos. El siglo veinte habrá sido el del surgimiento de la humanidad como «factor geológico planetario» (Vernadsky).

¿LA OBEDIENCIA A UN GOBIERNO MUNDIAL?

La cuestión sería entonces: a una crisis planetaria, soluciones planetarias. Una gestión mundial de los recursos ¿no es actualmente una necesidad urgente? La naturaleza ¿no ha de ser reconocida como patrimonio común de toda la humanidad? La noción de soberanía nacional ¿no está puesta en duda por la mundialización de los riesgos ecológicos? Estamos metidos en las estructuras económicas y políticas que dominan el mundo. Ahora bien estas estructuras tienden a quitar a las grandes masas todas las responsabilidades reales de sus elecciones de producción y consumo, en el uso de recursos naturales como la tierra, el agua o el aire. Estos recursos comunes se han convertido en mercancías el acceso a las cuales está regido por decisiones que escapan totalmente al poder de los individuos. Los mecanismos que rigen su circulación y su reproducción se levantan como potencias extranjeras por encima de la humanidad. Esta evolución pertenece evidentemente a un movimiento muy amplio en el proceso histórico de constitución de los estados capitalistas modernos. En cuanto a los pretendidos socialismos del Este, ¿la opacidad burocrática no tenía nada que envidiar a la que domina las relaciones mercantiles del Oeste!

El aumento de los peligros ecológicos legitima una nueva burocracia internacional dedicada a la gestión del ambiente planetario. Podría dotarse de medios militares como una especie de policía mundial para garantizar el acceso a los recursos estratégicos, legitimando así con la bandera onusia-

na las intervenciones armadas, como la reciente encerrona contra el pueblo irakiano. A la vez, la creación de una especie de Fondo Monetario Internacional de la Ecología sería un medio seguro para el norte de despolitizar la crisis ecológica y preservar su dominación en nombre de exigencias que se amparan precisamente en una pseudocientificidad ecológica.

Me detendré en dos ejemplos. El primero referente a los *planes de acción para salvar la selva tropical y preservar la biodiversidad*. En lugar de una protección basada en la incorporación de principios ecológicos en los procesos agrícolas e industriales, los planes proponen salvaguardar las reservas de la naturaleza salvaje, solución discutible que abandona las zonas no protegidas a la eventualidad de una destrucción total. ¡Hay que ver! Se prevee que el aporte financiero de las plantas tropicales a la industria farmacéutica de aquí al año 2000 se multiplicará por diez. A partir de especies recogidas casi de balde en el Tercer Mundo, las empresas industriales del Norte crean y desarrollan nuevas variedades de plantas que el Sur no podrá obtener más que a un alto precio, como ha mostrado Vandana Shiva, científica y militante feminista india. La petición del *agro-business* para que los recursos vivientes sean reconocidos como «patrimonio universal de la humanidad» es ambigua. Bajo la cubierta de la ecología global, la adopción de este principio garantiza a los intereses particulares el acceso a recursos de los que aún no sabemos qué papel jugarán en el futuro de la humanidad.

Segundo ejemplo: *la lucha internacional contra el efecto invernadero*. Las autoridades occidentales pretenden fundamentarla en las propuestas de los expertos del World Resources Institute de Washington. Se trataría de reducir las emisiones de carbono de cada país proporcionalmente a sus consumos actuales, es decir perpetuar las insostenibles desigualdades existentes actualmente. El modo de hacer este cálculo ha sido denunciado por investigadores de la India² que proponen que cada habitante del planeta no sea considerado responsable

del efecto invernadero más que en la medida que sobrepase la emisión media de cada habitante de la tierra, el equivalente a 1,1 toneladas de carbono por año. Una solución más equitativa que la norteamericana. Estos dos ejemplos muestran que la referencia a la ecología global puede disimular desigualdades flagrantes, ocultando la disimetría entre el Norte y el Sur, encerrando la reflexión de los científicos del Tercer Mundo en el interior de los mismos modelos de ciencia existentes en las metrópolis del Norte.

Sin embargo, en ningún lugar mejor que en el Sur se unen las dimensiones sociales y ambientales de la crisis. Nicholas Hildyard, redactor de la revista *The Ecologist*, informa de los términos punzantes usados por un campesino de Nueva Guinea, expulsado de la tierra de sus antepasados para poder construir una represa, que expresan el sentimiento de opresión experimentado por la mayor parte de los habitantes del Sur: «Nos hemos convertido en personas-residuos». Sin duda la mayoría de personas en el Tercer Mundo, está pensando en estos términos terribles para pasar de la consciencia «en sí» a la consciencia «para sí», pues la conexión entre la destrucción de los recursos y de las personas es inmediata y brutal. Hay miles y miles de «personas-residuo» echadas, día tras día, en el siniestro cubo de basura reservado a las víctimas del desarrollo.

Burocracia contra personas-residuo. La contradicción aparece en todas las sociedades, tanto en el Norte como en el Sur, en el Este como en el Oeste. Incluye, ensanchándolas, las contradicciones entre clases, fundadas en la compra y la venta de la fuerza de trabajo o en la propiedad agraria. Las víctimas privilegiadas de las actividades económicas contaminantes o destructoras son siempre las «personas-residuo» de las comunidades más pobres y más desposeídas tanto del Sur como del Norte, del Este y del Oeste. Así, Hildyard cita los resultados de un estudio reciente enviado por un gabinete de asesores de Los Angeles a un servicio californiano de eliminación de de-

² Agarwal y Narain, Centre for Science and Envi-

ronment, Delhi 1991.

sechos. Se encarga de identificar las comunidades locales susceptibles de aceptar un vertedero de residuos tóxicos, o dicho en lenguaje tecnocrático, «una afectación de territorio localmente indeseable» (LULU, Locally Undesirable Land Use). Las conclusiones del estudio son formales. Son los pobres, poco instruidos, abiertos a las promesas de compensaciones inmediatas, y ocupados ya en actividades primarias como la agricultura, la ganadería o la extracción minera, los que constituyen el eslabón débil de la resistencia a la destrucción del ambiente.

Los bajos ingresos no son más que uno de los factores de aceptación por una comunidad de un sistema que destruye no sólo su entorno, sino también su salud e incluso el sentimiento de dignidad propia. Es también necesaria una renuncia total a ejercer algún poder sobre el propio destino, contentándose con ejercer las elecciones ridículas de consumo, que es uno de los mecanismos estabilizadores más potentes de las sociedades capitalistas opulentas. El proceso de privación del poder ha estado estrechamente ligado al aumento de poder de la gran industria y del Estado moderno, rompiendo las viejas alianzas de las sociedades del Antiguo Régimen. Está claro que la papeleta de voto que los ciudadanos usan periódicamente no da más que un pequeño poder sobre las grandes decisiones económicas y tecnológicas que marcarán durante decenios sus condiciones concretas de existencia. Así pues, las personas-residuo también existen en el Norte. Son las numerosas cohortes de los excluidos y de los desocupados, todos aquellos que viven sin disponer del mínimo vital. Aunque sean muy numerosos (¡Cincuenta millones en la Europa de la CEE!), su situación no les prepara, lo sabemos bien, para ser el elemento motor de una transformación de la sociedad. Hemos de estudiar por tanto los mecanismos de regulación globales de las sociedades capitalistas desarrolladas.

CONSUMO DE MASAS Y ECO-CAPITALISMO

La generalización del mercado, la universalización del juego de la mano invisible,

¿será éste el complemento indispensable de la instauración de un gobierno mundial? El argumento está en el balance de la evolución secular del capitalismo, cuya estabilidad no es posible más que por un ajuste permanente, hecho por el mercado, entre los modos de producción y de consumo por un lado, y las instituciones y los valores esenciales por otro.

En las tormentas actuales, todo se junta: crisis económica, crisis ecológica, crisis de los valores. Así actualmente, la mayor parte de las contaminaciones masivas son directamente imputables al formidable crecimiento de la producción de bienes de consumo después del fin de la última guerra mundial. Por otro lado, este consumo de masas es indisociable de la aceptación de los valores que garantizan su acogida favorable por los millones de consumidores. Es evidente que ninguna instrucción genética regula el consumo de mercancías. Los mecanismos de esta aceptación descansan esencialmente sobre la capacidad humana para objetivarse en los bienes poseídos. Las personas están dispuestas a sacrificar una parte de su libertad y de su tiempo para obtener bienes que son claramente «inútiles» desde el punto de vista de las mismas funciones que éstos tienen que cumplir. Esta situación es más paradójica aún ya que, para la mayoría, el trabajo que realizan no conlleva ninguna satisfacción, durante el tiempo alienado.

Así pues, el funcionamiento de nuestras sociedades descansa sobre una represión masiva de las aspiraciones de autorealización de la persona, que dedica la mayor parte de su vida y de su energía vital a tareas que ningún ser humano hubiera escogido espontáneamente. De la misma manera que las redes burocráticas de dominación política convierten al individuo en un «ciudadano de masa» desprovisto de poder real, las inmensas redes de consumo del capitalismo moderno le mantienen en la situación dependiente de «consumidor de masa». Así colabora él mismo en la perennidad de una producción que crece y se diferencia más y más. *Este aplastamiento de la autonomía es la marca universal del capitalismo avanzado.* Basada en la administración de las necesidades, esta sociedad

excluye todas las alternativas, presentándolas como quimeras irresponsables desde la visión de la impotente realidad de sus propias actividades. Si actualmente la energía nuclear se presenta como alternativa al efecto invernadero, no es por falta de otras opciones más atractivas sino porque éstas no están acordes con las prioridades de las burocracias industriales que controlan la producción de electricidad (ver el caso de la EDF en Francia). Por la misma razón, la agricultura «ecológica» no será aceptada hasta el día que entre en las perspectivas estratégicas de las multinacionales agroalimentarias.

Pero las exigencias de crecimiento del mercado parecen llevar actualmente a un cambio notable de las estrategias productivas dominantes. *¡La hora del ecocapitalismo ha sonado!* Una verdadera corriente ambientalista se dibuja en las grandes decisiones industriales, por lo menos en las sociedades opulentas del Norte. ¿Cuál es el significado de esta corriente? ¿Cuáles son sus límites? El cambio ya se puede cifrar. En los próximos diez años, el Reino Unido dedicará 140 mil millones de libras esterlinas a la mejora del medio ambiente, la CEE, 860, los Estados Unidos 1060 mil millones de dólares. Mercedes Benz lucha «por la estrella de que vivimos». Henkel se describe como «más severo que el ojo severo de la ley en materia ecológica». Nuclear Fuels pretende ser «el campeón de la lucha contra el efecto invernadero». El medio ambiente se convierte en una «nueva carta de visita para IBM». Fiat consagrará 2600 mil millones de liras en las innovaciones ecológicas en el curso de los tres próximos años, etc.

La idea que inspira estos argumentos publicitarios está expuesta en una obra publicada recientemente en Alemania, *Umweltorientiertes Management und Marketing*, que indica que durante mucho tiempo la industria ha utilizado la naturaleza como factor de producción casi gratuito. Los sectores sensibles del automóvil y de la química son la punta de esta evolución ambientalista, con el objetivo del reciclaje de materiales y de economizar energía. Muy bien. Tal evolución ¿será suficiente para asegurar una gestión viable y equitativa de

los recursos del planeta? Nada es menos seguro, pues las «medidas ecológicas» aparecen como islas de racionalidad en un océano de injusticias, de despilfarro y de irracionalidad. La industria alemana está en la punta de esta evolución y el propio ejército alemán decidió usar tanques «limpios», con convertidores catalíticos, ¡en los meses de plena crisis del Golfo! El Oeko-bank financia el rodaje de la primera película eco-pornográfica. Así Alemania podrá estar en la vanguardia de una nueva versión ecológica del compromiso histórico propuesto no hace tanto por el difunto PCI. ¿Cómo interpretar la reciente decisión de las grandes multinacionales japonesas (NTT, Gas de Tokyo, Tokyo Fuerza Eléctrica, etc.) de reciclar su papel, mientras que ellas mismas financian la deforestación de Asia del Sureste (249 millones de hectáreas de bosque en 1900, 60 actualmente) e intervienen directamente en la Amazonia?

La pieza crucial sobre la cual el capitalismo se juega su ecologización es la capacidad o no de extender su modelo de producción/consumo al conjunto de los humanos, internalizando los costes ecológicos. *En este punto es de una fragilidad extrema.* Los datos del problema aparecen en una doble dimensión: 1) cerca de tres cuartas partes de la humanidad viven en unas condiciones materiales difícilmente tolerables, 2) no podemos cambiar esas condiciones extendiendo a todo el planeta el sistema de producción y el modo de vida de los países industriales, porque ni las sociedades ni los ecosistemas lo soportarían. Tanto menos, si recordamos que la población mundial aumenta y continuará aumentando al ritmo de 100 millones de personas por año, al menos una generación más en la mayor parte del Tercer Mundo.

PROPUESTAS PARA UNA ALTERNATIVA VERDE

No haré aquí la crítica de eso que los Verdes llaman *productivismo*, es decir la lógica repetitiva y destructiva de la producción por la producción, pues sería repetir la crítica de Marx que está lejos de haber queda-

do pasada de moda. Intentaré más bien sacar algunas consecuencias de las observaciones precedentes.

La primera se refiere al «enverdecimiento» del capitalismo. Esto no nos debe sorprender, al menos por dos razones. El deseo de economizar materias primas y energía en el capitalismo no es de hoy. Es simplemente nuestra historia, sobre todo en los países mal dotados de combustibles fósiles como Italia y Francia. Además, existe una compleja dialéctica entre el movimiento ecológico y el capitalismo. El célebre pasaje de *El Capital* a menudo citado, sobre el capital que agota a la vez a los trabajadores y a la tierra, permite un paralelismo claro. En el mismo interior del capitalismo, cierto número de medidas permiten salvaguardar la fuerza de trabajo y asegurar su mantenimiento, desde la reglamentación del tiempo y de la seguridad en el trabajo, hasta el sistema de protección social. Los mecanismos análogos para reglamentar el uso de los recursos y asegurar su salvaguarda son leyes y dispositivos técnicos que pueden ir hasta la prohibición de productos peligrosos (no habrá más CFC a partir de 1999).

Claro que habrá intereses lesionados, claro que la amplitud de las medidas dependerá de la correlación de fuerzas... El paralelismo es evidente con las contradicciones trabajo/capital en el corazón de la dinámica del mismo capitalismo desde hace más de un siglo. No hay que caer en alternativas simples que actualicen el clásico «socialismo o barbarie», en versiones ecológicas del tipo «muerte de la naturaleza o revolución», «suicidio de la humanidad o revolución», sobre todo si se es incapaz de definir el contenido concreto de dicha revolución en términos de tipos y técnicas de producción, de estructuras políticas concretas, etc. Si no apostamos por la política de lo peor, hemos de anticipar las transformaciones de las contradicciones sociales y ecológicas que las reformas actuales implican.

Las consecuencias pueden ser múltiples. Las reformas pueden inducir nuevas exigencias por parte de tal o tal grupo de ciudadanos, o de toda la sociedad, en materia de salud, de calidad de los productos, de salvaguarda de un lugar, etc. ¿Cómo no

alegrarse, sobre todo si van acompañadas de un aumento de la democracia en detrimento de los métodos administrativos y burocráticos? Pueden desembocar en una crítica de los criterios de contabilidad de la economía capitalista y poner en cuestión el lugar de la misma economía en nuestras sociedades, y así oponerse frontalmente al productivismo de la sociedad de mercado. Se pueden oponer a la localización en el Tercer Mundo de las industrias peligrosas y contaminantes, lo que plantearía un nuevo aspecto de la solidaridad internacional de los trabajadores. Con el tiempo, es el debate clásico entre reforma y revolución que alcanzará al conjunto de los procesos de producción y de consumo, de prioridades educativas y tecnológicas, en resumen, la toma de decisiones y de control en la sociedad.

Con el tiempo, si pensamos que los problemas sociales y políticos importantes se juegan en el terreno ecológico, habrá una polarización en el interior mismo del movimiento ecológico, entre diversas corrientes divididas entre reforma y radicalidad, derecha e izquierda, tecnocracia y democracia, ciencia y cientismo, y quizá sobre todo entre eco-socialismo y eco-liberalismo. En cualquier caso, la ecología política habrá tenido el inmenso mérito de haber abierto un gran debate sobre la naturaleza de las fuerzas productivas, sobre los modelos de gigantismo y uniformización social, sobre las regulaciones por el valor de cambio y la dictadura del beneficio empresarial, poniendo en evidencia que no puede existir una radicalidad social sin una radicalidad ecológica y viceversa. Nadie puede eludir esta cuestión. André Gorz hace veinte años ya expresó su creencia en un «ecofascismo». Poco después Wolfgang Harich sostuvo que una dictadura mundial del proletariado sería la única respuesta posible a la crisis ecológica. En su último libro, Anna Bramwell ha demostrado que el ecologismo podía ser portador de un anti-humanismo virulento, en nombre de la defensa de la vida. Hans Jonas, en su obra *El Principio de Responsabilidad* propone la creación de una «dictadura benévola» (*eine wohlwollende Tyranne*) para salvarnos de un desastre ecológico. Ironizando acerca

del ecologismo reaccionario, el geógrafo Augustin Berque sugiere la eventualidad de una manifestación de arqueólogos para reclamar el retorno al paleozoico. También cita a los peligrosos extremistas del socialdarwinismo que, como William Aiken, contemplan alegremente lo peor: «Una gran mortalidad humana sería una buena cosa. Nuestro deber es provocarla. Es el deber de nuestra especie hacia el ambiente, eliminar el 90% de nuestros efectivos». La ecología nos hace tomar partido en todos los grandes debates de nuestro siglo. Los proyectos socialistas no pueden pasar de ella.

Al presentar la ecología como una nostalgia del pasado, la mayor parte de sus detractores cometen, conscientemente o no, un gran error. Reflexionar en términos ecológicos es por el contrario privilegiar el largo plazo y liberarse de las contabilidades ignorantes y con corta vista del capitalismo. En esto, la ecología converge profundamente con la idea anticipada por el socialismo de un futuro más humano, de la salida de la humanidad de la prehistoria para entrar en una historia consciente. Comprendida así, la ecología podría ayudar a una lectura refrescante de Marx, cuyas intuiciones han sido escondidas por los marxismos del siglo XX, ya se refieran a la reducción del tiempo de trabajo para fines económicos o al comunismo definido como una sociedad en la que los ciudadanos regirán ellos mismos racionalmente sus intercambios con la naturaleza. Esos marxismos del siglo XX no han retenido al contrario más que la exaltación del desarrollo de las fuerzas productivas iniciado por el capitalismo, esta visión ha triunfado progresivamente en los movimientos y los partidos obreros. El desarrollo de las fuerzas productivas ha sido visto como el camino real de la transformación social. La realización del socialismo y el crecimiento económico han sido confundidos dentro de las modalidades ya trazadas filosóficamente por el discurso sobre el dominio de la naturaleza de la ciencia clásica.

El fracaso de esta visión plantea otra cuestión; el lugar de la clase obrera como actor central del cambio social. Si pensamos, en efecto, que la tarea de relativizar la

economía es urgente, no hay entonces razón para pensar en la clase obrera como sujeto central de la transformación social. Actor principal del proceso de producción, tiene ciertamente una posición privilegiada para la transformación ecológica. Pero esta posición no le confiere «ni privilegio de consciencia ni capacidad dirigente particular hacia otros grupos sociales» (Joel Martine), ya sean los científicos; los agricultores, etc. Así pues, si el proyecto socialista, asociado a la ecología, aún tiene un futuro, ciertamente ha de relativizar el papel histórico que el marxismo ha asignado tradicionalmente al proletariado.

Relativizar la economía, es darle otros valores además de la dimensión producción/consumo. En ese sentido, hay algo profundo en el hecho que los movimientos Verdes hayan integrado las exigencias de igualdad entre los sexos; en la cristalización de la consciencia ecológica sobre la doble oposición a la energía nuclear civil y militar; en la asociación constante de la ecología y del pacifismo, como en ocasión de la reciente Guerra del Golfo. La no-violencia que proclama el movimiento ecológico constituye una gran aportación a la reflexión y a la acción política, pues implica el rechazo de unir cualquier perspectiva de subversión social a la dominación del hombre sobre la mujer, del Norte sobre el Sur, a la guerra de los humanos entre sí y contra la naturaleza.

Desde el siglo XIX, el movimiento obrero se ha afirmado al desarrollar una consciencia de clase, que no ha impedido otras posturas valientes en otros temas, como por ejemplo la cuestión nacional. La lucha ecológica implica una consciencia de especie. No hay antinomia. El comunismo original, no burocratizado, consideraba que la clase obrera es portadora de un universalismo y no lucha por su propio poder, sino por la sociedad en conjunto. Lo mismo vale para los movimientos ecológicos que no tienen, en principio, intereses separados de las sociedades humanas en las que nacen. Liberar a la humanidad de la explotación, ajustar los modos de producción a las necesidades de reproducción de la naturaleza, dos objetivos actuales que es necesario relacionar con los ideales que ha tenido el

movimiento histórico socialista. ¿Cómo llamar a esta esperanza? Quizá con el término «eco-socialismo», pues no hay duda que la mayor parte de las tareas que los movimientos socialistas se asignaron están por cumplir. Lo menos que se puede decir es que estos partidos fracasaron en su misión histórica. La ecología puede permitir reformular esta antigua esperanza, contra los modelos productivistas y autoritarios del socialismo que, todos, han fracasado.

Permitidme expresar sin embargo una duda respecto a las palabras «socialismo» y «comunismo» malogradas por un siglo de gestión leal del capitalismo o por la represión sangrienta de los pueblos. Cuando las mismas palabras están desgastadas, cuando se ha destruido la misma esperanza del cambio, y yo me refiero una vez más a Marx, hace falta cambiar. Pero ésta es otra historia.

BIBLIOGRAFIA

AGARWAL, AMIL y NARAIN SURITA (1991), *Global Warming in an unequal world. A case of environmental colonialism*, Centre for Science and Environment, New Delhi.

BERQUE, AUGUSTIN (1990), *Médiance de milieux en paysages*, Géographiques, Reclus, Montpellier.

BRAMWELL, ANNA (1989), *Ecology in the 20th Century: a History*, Yale University Press, New Haven.

CHENEAUX, JEAN (1991), «Un télescope entre l'histoire naturelle et l'histoire sociale», *La Quinzaine Littéraire*, n° especial de verano 1991.

DELEAGE, JEAN PAUL (1991) *Historie de l'écologie, une science de l'homme et de la nature*, La Découverte, Paris.

DI CASTRI, FRANCESCO (1985), *L'ecologie, les défis d'une science en temps de crise*, La Documentation Française, Paris.

HOPFENBECK, WALDEMAR (1990), *Le Principe Responsabilité*, Cerf, Paris.

JONAS HANS (1990), *Le Principe Responsabilité*, Cerf, Paris.

JUQUIN, PIERRE et al. (1990), *Pour une alternative verte en Europe*, La Découverte, Paris, publicado en *Mientras Tanto*, n° 41, Barcelona 1990.

REVELLE, ROGER Y SUESS HANS (1957), «Carbon dioxide exchange between atmosphere and ocean and the question of atmospheric CO2 during the past decades», *Tellus*, 9, p. 19.

SHIVA, VANDANA (1991), *The violence of the Green Revolution, ecological degradation and political conflict*, Zed Books, Londres.

SCIENCE as CULTURE

No. 13 (1991) on GENES 'N' GREENS includes:

Alternative agriculture and the new biotechnologies (Jack Kloppenburg)

Green meanings: what might 'sustainable agriculture' sustain? (Christopher Hamlin)

Cleaning up on the farm (Les Levidow)

Sustainable agriculture for what? (P Allen and C Sachs)

Biodiversity and food security (Allstair Smith)

Surviving development (Sarah Franklin)



Subscriptions: 4 issues for
£ 20/US\$30 individual
£ 35/US\$65 institutional
single copy £5.95/\$8

FREE ASSOCIATION BOOKS
25 Freegrove Road, London N7 9RD
Credit cards (24 hours) 071-609 5648
North America: Guilford, 72 Spring Street,
New York, NY 10012, tel (212) 431 8600